

# Swedenborg y la palabra hedionda

El lenguaje de los espíritus perversos e infernales procede igualmente de sus malévolas afecciones, las cuales tienen su origen en las corrompidas ideas a las que tanta aversión tienen los ángeles.

Swedenborg

A mediados del siglo XVIII entra Swedenborg en contacto con el mundo de los espíritus. A partir de entonces añadirá a su fama de inventor, químico, fisiólogo y astrónomo, la de intérprete y emisario de lo desconocido. Percibir lo que ocurría a miles de kilómetros, conocer el destino de quienes lo rodeaban, la premonición y el diálogo ininterrumpido con ángeles y otros espíritus, le ganaron la admiración de reyes, nobles, marinos y hombres de toda Europa. Gracias a su capacidad adivinatoria pudo incluso anticiparse a Kant, cuando éste en privado se permitió manifestar su desconcierto ante tan inquietante maestría.

Pero el secreto de este viajero de varios mundos no era ni siquiera un secreto, «no invento, sólo transmito». Entre sus notas, acerca de las cosas vistas y oídas en sus viajes por las «tierras de nuestro sistema solar, también conocidas con el nombre de planetas», y a través del cielo y el infierno, predijo en muchas ocasiones el futuro, y lo que aún hoy permanece, supo ser precursor de ideas que sólo con el tiempo se desarrollaron. De entre ellas las del lenguaje. Swedenborg nos proporciona hoy la *parábola* de fenómenos que tardaron siglos en considerarse.

En el misticismo de Swedenborg subyace una teoría de la *comunicación* que sostiene que tanto la divinidad como los ángeles puros se comunicaban directamente sin necesidad de mediación o signo.

Todos en el Cielo tienen el mismo idioma, y vengan de donde vengán, por muy remota que sea la región de donde proceden, se entienden entre sí en el mismo idioma; éste no se aprende, sino que es implantado en cada espíritu de una manera natural, ya que fluye del pensamiento afectivo de cada uno.

Tan sólo unos años antes, John Dee (1527-1608), consejero de la reina Isabel de Inglaterra, aseguraba haber recibido del arcángel Uriel un «cristal místico» capaz de recibir las enseñanzas de los ángeles o, si se quiere, de interceptar la comunicación angélica. Según las observaciones de Swedenborg, esta comunicación se realiza entre sujetos totalmente transparentes, sujetos puros, y a través de ella fluye la esencia de su alma. Ni el filtro de la cultura, ni el fruto de la inquietante psique del hombre, tienen en el discurso celeste cabida. Pero Swedenborg colocó junto al paradigma de la comunicación perfecta, la *comunicación perversa*, en la que los ángeles del mal expelían su turbulenta naturaleza.

La perversión lingüística, la *palabra hedionda*, se erige en paradigma de la opacidad comunicativa. Con ello Swedenborg, no sólo nos legó un aviso moral, con el que denunciar el engañoso lenguaje del diablo, sino la premonición de modelos estructurales distintos de comunicación, la transparencia y la opacidad comunicativa. Dos modelos extremos que hoy no compartimos, pero que por su radicalismo proyectan luz sobre los ya diseñados y sobre los que habrá que diseñar.

Ya los contemporáneos de Swedenborg habían comenzado a interesarse por la disonante forma de hablar de los demonios terrestres, pero fue necesario mucho tiempo para que la teoría lingüística se desarrollara lo suficiente como para permitir la comprensión global de estos fenómenos.

Primero fue necesario establecer los supuestos básicos de la lingüística, tarea aún abierta a debate, para después afrontar el funcionamiento de la lengua en sociedad. Esto último nos llevaría a la comprensión del fenómeno lingüístico y a la madurez de la sociolingüística. El sistema homogéneo del que se extraían múltiples constantes, diseñado por los lingüistas, para poder acceder al estudio de la lengua, debía admitir la posibilidad de variación, producida por el fondo ético-cultural o, de lo contrario, resultaba incompleto. Cómo podían sino explicarse tantas variaciones como el inglés de los negros (*Black-english*) o el que aparecía también en otros *ghettos*, que convierten por ejemplo a la lengua hablada en Nueva York en un abigarrado mosaico. Esta fue la revelación de Labov, continuada por otros sociolingüistas: no existe una lengua, sistema homogéneo, que no sufra un proceso de variación inmanente, continuo y reglado. La lengua no es un universo de significados puros, sino el zumo resultante de una compleja fermentación en el que interviene todo el hombre. Para Nietzsche lo verdaderamente válido es lo escrito con todo el ímpetu de la sangre y el cuerpo. Las variaciones de etnia, de sexo, de clase social, de subcultura, de *ghetto*, de grupo y también las personales no son un accidente, sino ingredientes esenciales de ese néctar.

También Deleuze y Guattari creen en la coexistencia de dos usos simultáneos que se hacen de las lenguas. El primero que tiende a la homogeneización, es la lengua propia de la mayoría. El segundo, que tiende, por el contrario, a la disolución de las constantes en beneficio de la diferencia y de la dinámica, es la lengua propia de las minorías. Ambos no existen por separado, sino en virtud de su relación mutua. Mayoría implica entonces la presencia de lo constante, lo mismo que supone la diferencia e implica la transgresión y por tanto la marginalidad y el dualismo social.

Las descripciones que los filólogos hicieron de las jergas marginales ponen de relieve, sin pretenderlo, cómo opera este proceso, defendido por Deleuze y Guattari, de disolución de la lengua común hacia la lengua de la minoría. La pobreza de un léxico marginal que se reduce a los aspectos más relevantes y diferenciados de la vida de sus hablantes corresponde a la tendencia de eliminación de constantes, mientras que la profusión y abundancia, creaciones múltiples y variaciones son propias del devenir dinámico de la variación.

Pero antes de que se hicieran descripciones filológicas de fenómenos lingüísticos, como la jerga delincuente, Swedenborg propició la comprensión de su significado, a través de una parábola. Las diferencias entre culturas y el estudio de la variación en la lengua en relación con la estructura social corre paralelo con sus lúcidas observaciones.

Swedenborg escogió sus ejemplos más allá de los confines de la tierra, pero utópicos y profetas saben inspirarse en nuestro mundo y, al menos en este caso, nunca faltaron los ejemplos. A tenor de este juego de espejos, la visión del cielo y el infierno puede anticipar la interpretación de lo que ocurre en la tierra, al haber servido previamente de inspiración en la primera.

De la manera de entender nuestra vida social nacen estereotipos e imágenes sociales que se oponen como la luz a las sombras. Pero mana también la fuente de imágenes y símiles con que describir lo inexplorado, con que alcanzar y expresar lo inexpressable. Las raíces de las semejanzas se hunden en las profundidades del vértigo, del miedo y el binarismo de un pensamiento humano que se debate entre la razón y la sinrazón, entre el orden y el caos, entre el bien y el mal. Tan ancestral batalla se perpetúa, aunque cambien las imágenes, ángeles y demonios, hombre civilizado y salvaje, ciudad y bosque, pero ante todo el arriba y el abajo de un modelo topológico. Arriba y abajo que en nuestra sociedad opone la vertiente honesta a la ilegal, el barrio alto al suburbio, la residencia a la chabola. No resulta difícil descubrir semejanzas entre el discurso de Swedenborg sobre el cielo y el infierno y las arraigadas creencias acerca de nuestro alto y bajo mundo, entre el lumpen y los espíritus perversos, entre los espíritus de la luz y los habitantes de altas esferas. También aquí hay seres que aspiran a la luz y otros condenados a la sombra. El descenso transitorio a los infiernos, motivo de tantos mitos, incluido el contemporáneo de la reinserción social, sólo está permitido a los héroes.

Nuestro «bajo mundo» posee también un lenguaje, la antigua germanía, la jerga actual. Para ella se han creado imágenes cercanas al lenguaje demoníaco, «azote», «peste», «hongo que corroe la sociedad y se alimenta de su lengua». La jerga se convirtió así en una personificación malévolamente vampirizaba premeditadamente la lengua común en beneficio de su propia existencia.

La jerga se alimenta de todo y por todo de un organismo lingüístico determinado, para nutrir su propio organismo.

### Salillas

Pero, curiosamente, frente a los moralistas que esgrimían la pobreza intelectual y la deformación moral y psicológica de los hablantes jergales, como justificación lógica de esta «aberración lingüística», ha sido un sociolingüista no deseoso de imponer una visión moralista de la sociedad y de su lengua, Halliday, quien más se ha aproximado a Swedenborg. Halliday considera a la jerga un *antilinguaje*, representación de una estructura social distinta, que a su vez representa, expresa, construye y reconstruye, una visión del mundo alternativo.

...como el tiempo y el espacio en el mundo del espejo.

Halliday

Tradicionalmente, la jerga de los delincuentes se ha considerado un instrumento apto para el encubrimiento en manos del lumpen, del hampa. Swedenborg supera este carácter artificial y premeditado con que se ha acusado a esta forma de habla de ladrones y otros maleantes. Swedenborg parece estar más cerca de Halliday que lo que los siglos que les separan nos hubieran permitido sospechar.

Es decir, en el Infierno la forma de hablar es totalmente opuesta a la del cielo y, en consecuencia, los espíritus perversos no pueden soportar a los espíritus angélicos ni éstos a aquéllos. Para los ángeles el lenguaje infernal es como un horrible hedor que azota sus narices.

#### Swedenborg

La causa del hedor es para Swedenborg profunda y trascendente, no instrumental o práctica, son «las corrompidas ideas a las que tanta aversión tienen los ángeles», por ello los espíritus «no se soportan». Pero si a las distintas visiones del mundo les corresponden distintos lenguajes, cada lengua estará sometida a una movilidad constante, hasta configurarse como un sistema de sistemas que se contradice, distante de la transparencia que soñara el racionalismo científico.

La visión de Swedenborg resulta más acorde con la propia naturaleza proteica de la lengua. La jerga, encarnación terrena del habla diabólica, no buscaría sólo *ocultar*, impulsada por motivaciones éticas o instrumentales, como pensaban los cripticistas, sino que ante todo quiere *expresar*. Para Swedenborg es un lenguaje abierto, no una clave secreta, tan natural como el de los propios ángeles. Su perversidad es la única diferencia y ésta es fruto del pensamiento diabólico. Lo contrario, lo que se ha hecho hasta ahora, defender una clave secreta, un lenguaje artificial, no explica ni su universalidad, ni su conservación a lo largo del tiempo.

Los *secretistas*, no vieron cómo las fuerzas expresivas y expansivas son mucho mayores que las defensivas y de ocultamiento. Al contrario, lo desconocido, lo diferente, lo extraño, tiende a expresarse en idealizaciones y a intensificarse. Ante lo *desconocido*, el natural temor del hombre y el impulso de idealización, inciden juntos para llegar a un mismo fin: intensificar lo desconocido mediante la imaginación y considerarlo con una intensidad que habitualmente no atañe a las realidades que consideramos evidentes.

#### George Simmel

Los temores pueblan el mundo de demonios. Como en un juego de espejos, las imágenes se proyectan y se intercambian entre los distintos infiernos: los interiores y los otros.

A la jerga, clave secreta, se la consideró una deformación de la lengua «legal»; para la sociolingüística, en cambio, sería una *variante*, una de las tantas variaciones que aparecen en el seno de las lenguas, de acuerdo con clases sociales, grupos étnicos y sociales, roles, generaciones, sexo... Además cualquier individuo impone a la lengua su carácter. La variación está en relación con la estructura social y sólo supone que hay unos individuos que hablan diferente, que son y se consideran diferentes.

La lucidez de Swedenborg descubre que «para los ángeles el lenguaje infernal es como un hedor que azota sus narices». A la manera de los gnósticos la inspiración ilumina y la expiración proyecta la palabra carnal y sucia de pecado. La palabra mancha a quien la escucha; con tan efectiva imagen incorpora Swedenborg lo que quizá sea una de las primeras referencias a los *prejuicios lingüísticos* y proporciona una explicación válida al fanatismo que en ellos se adivina y que, a veces, toma como blanco la pronunciación de una insignificante consonante. El hedor es más dañino que el contenido del discurso, es éste quien azota las narices. Pero si es la fetidez lo que contamina, la palabra hedionda debe ser aislada, encarcelada.

Se permite con ello la comprensión del uso o apropiación de la jerga por los ajenos a su mundo, por quienes perciben el poder revulsivo de ese azote. De entre ellos, los

jóvenes, sea cual sea su clase social, han sido en épocas de contestación política, un constante ejemplo. En semejante comportamiento un fin concreto sustituye a la idea y la creación de la jerga pasa a ser degeneración. Una contradictoria pero, para algunos estilistas, eficaz clave del éxito literario. La amenaza de desviación, transgresión o inversión se convierte entonces en inofensivo divertimento. Aunque la apropiación puede ser justa desde el momento en que es recíproca. Así lo percibió Swedenborg y por eso tuvo un concepto muy atinado del disimulo:

Las palabras de los hipócritas que son los que llegan a la insolencia de fingirse ángeles de la luz se parecen a las mismas palabras de los ángeles, pero producen exactamente el efecto contrario al de éstos en lo que respecta a las ideas de su pensamiento. Así es que cuando los sabios de entre los ángeles advierten la naturaleza interior de su habla, perciben ésta como si fuera rechinar de dientes, huyendo del horror.

#### Swedenborg

Sólo los más sabios entre los ángeles de la sombra son hábiles en esta imitación y sólo a veces lo logran con éxito y sólo por ser la habilidad limitada pueden los sabios entre los ángeles detectar la usurpación. Son raras las veces en las que el hablante jergal, cuando se interrelaciona con otros individuos ajenos a su medio, no se enfrenta con la imposibilidad de controlar todos los elementos de su discurso. Aparecen entonces rasgos desacreditadores de su persona, voces jergales que se escapan, voces comunes que se trastocan, mezclan o confunden, y, ante todo, un desarrollo completo de la comunicación y de la interacción social, que descubren su origen, su estigma, su diferencia.

El interés y posibilidad de fingimiento, que es necesario diferenciar del ocultamiento, se explica por la mediación de la competencia comunicativa. Temprana referencia a ese saber sociolingüístico del hablante, de cuándo y dónde hablar, de qué, cómo y con quién. Cómo si no, podría el hablante distinguir entre lo formal y lo informal, entre el estilo coloquial y el culto, entre el normativo y la jerga. Aún así, como aclara Swedenborg, por ambas partes el fingimiento no se consume, delatando según el caso cosas diferentes. Cuando pertenece a los diablos produce horror, porque es el angélico el punto de vista hegemónico. A Swedenborg le corresponde intuir por vez primera el problema de la *desigualdad/incompetencia comunicativa*, que habría de ser otro tema de debate sociolingüístico.

Si la jerga no es un instrumento, sino el resultado de la expresión de una idea, de una subcultura, de una visión del mundo, de sus hablantes y de los otros, su significado fundamental será el ser expresión de la propia minoría, de su diferencia y, en este caso, de la inversión de valores. La jerga con su propia existencia quiere señalar que es el lenguaje de los demonios, lo que los sociolingüistas llaman valores sociales asociados a las variantes de la lengua y más en concreto a los dialectos sociales.

Entonces la presencia de la jerga identifica: el hablante puede identificarse a través de ella y ser identificado. De ahí la confusión que le produce al «choro» oír «chamullar caliente» a cualquier «pringao» con quien se cruza en la calle. Pero oírlo «lo oye», en unas épocas más que en otras, porque siempre hay escatófilos, tránsfugas sociales y revoltosos, porque siempre hay otras convivencias en barrios y zonas de aquellos que comparten su origen social, porque siempre hay otras delincuencias a las que lo más profesional de la jerga les resulta manejable.

Las fluctuaciones y la imprecisión de los límites es constante. Cuando se trata de lo humano, nada hay rotundo, fijo o inalterable. La propia jerga es polivalente. Cuando su poder identificador se proyecta hacia el interior, es símbolo de pertenencia al grupo, genera para sus miembros solidaridad. Para el exterior en cambio genera rechazo y se percibe como hedor, símbolo de estigma, de marginación.

La lengua común expresa una visión del mundo que se opone y condena al delincuente. A la lengua de la «norma» tampoco le interesan las sutiles distinciones profesionales, ni las especialidades profesionales, ni las herramientas. Tampoco la organización ni las jerarquías internas, ni el sistema de valores del grupo. Al contrario, lo persigue tanto como la jerga lo construye y protege. La lengua común los trata de ladrones, acota y limita a ellos la condición de delincuentes, les proyecta una imagen negativa de sí mismos, mientras que la jerga enarbolaba otra positiva. El hablante jergal debe entonces reconstruir y construir una realidad acorde con su punto de vista, con su percepción que es opuesta. Una visión alternativa y que representa a quienes piensan que:

es de traipiñar de lo que se trata, de pasarse la *bocata* (hambre); y que es la distinción de razas, la distinción de sociedades, la que implica y empuja a elementos que pudieran haber sido diputados, médicos, abogados, científicos en la *sociedad normal y corriente*, pero que somos hoy en día un *Jesules*, un *Mellao*, un...

Grabación cedida por Alejandro del Toro

La palabra diabólica se convierte en el modelo de lo que podría llamarse la *comunicación excrementicia*. Cuando describió la transparencia del mensaje, Swedenborg hubiera podido pensar en John Dee, pero respecto al carácter fétido y excrementicio, quizá se inspiró en el esoterismo de los gnósticos. La doctrina del «pneuma» hace de la comunicación un acto respiratorio que toma el aire puro proveniente del espíritu y devuelve el aire corrompido por el contacto del cuerpo. La palabra se hace ahora carnal y se ensucia de pecado, degenera.

Si la palabra proferida se hace excrementicia, no es de extrañar que Freud sugiriese la analidad de determinados discursos que expelen los residuos en su mensaje. Desde los gnósticos de Alejandría, hasta las descripciones del habla de la marginalidad, pasando por el psicoanálisis, ha permanecido el supuesto de un *hablante perverso*, ya sea en virtud de la carnalidad (gnósticos), de la carga libidinal (Freud), de la desviación social (funcionalismo).

La jerga, como discurso marginal, ha sido juzgada como un caso claro de producción excrementicia de mensajes, lo que explicaría su carácter anómalo, sus numerosos anamorfismos que convierten el «orden del discurso» en algo relativo a un sistema privilegiado de ángeles buenos y transparentes. Swedenborg sugiere con ello la posibilidad de una antilingüística, coprofílica y anamórfica. Pero el secreto de la jerga es únicamente la expresión del mundo y de la sociedad que se opone radicalmente a la de la norma.

Ha llegado el momento de abandonar a Swedenborg, a quien hemos «arrebatado» algunas de las imágenes y contenidos míticos con que supo poblar su viaje alucinante. De ellos hemos ofrecido una de las múltiples lecturas posibles, una interpretación que hubiera, seguramente, rechazado aquel, a quien, con cierto humor, hemos erigido en

precursor de la sociolingüística. Cuanto más numerosas son las lecturas posibles, más se asegura el arraigo y la permanencia del mito. Pero la efectividad del símil no puede, sin embargo, esconder la existencia de otros profundos desacuerdos.

Para Swedenborg, el lenguaje de los demonios es radicalmente opuesto al del cielo, pero la jerga se opone a la lengua normalizada, al tiempo que proviene de ella y se realiza a través de ella. La lengua humana no es ni transparente, ni diabólica, sino que encierra el germen de ambas naturalezas, no es ajena a los filtros. Éstos, en cambio, son aquello que la hace germinar. El individuo es quien le imprime el movimiento, puede tender a lo constante y ser la lengua de la mayoría, pueden tender a la variación y ser la lengua de la minoría, pero ambas son indisociables, y son la misma lengua. No se trata por tanto de dos realidades distintas y radicalmente opuestas. La sociolingüística ha nacido para estudiar el lenguaje de los hombres con todas sus impurezas. La jerga no es más excremento que la norma.

Swedenborg creía en la existencia de «un equilibrio perpetuo entre el cielo y el infierno». Son dos mundos enfrentados, pero simétricos, donde a la acción sucede la reacción, como el bien al mal, donde nada se impone de manera exclusiva, donde no existe confusión, aunque sí polaridad. Los estudios de la jerga, la sociolingüística, se ven, en cambio, obligados a hablar de mayoría frente a minoría. El hedor que expulsa la jerga, ya no es el fruto de la naturaleza diabólica de sus hablantes, sino el síntoma o la denuncia de una sociedad, poblada de desigualdades. Lo bueno ya no es lo legítimo, sino el resultado de un combate desigual entre la norma y la diferencia, entre el poder y el deseo.

**Luisa Martín Rojo**